



EL MUNDO DE JOSÉ MANUEL Y SU FAMILIA

Autoría:

MIRELLA - SILENIA - ISABEL QUINTERO



En las entrañas de un municipio del pacífico, a las orillas del mar se encontraba José Manuel y Lucía. una familia humilde que hace 20 años vive con sus hijos en una casa construida en palafito ubicada en el barrio San José de Buenaventura. Esta pareja, vivían felices dentro de este lugar, pues le hacía recordar la zona en la cual crecieron, Pero hubo un momento, donde todo cambió y con espíritu fuerte y unidos por el amor, La familia Valencia, tuvo que afrontar diferentes desafíos, a los cuales no estaban acostumbrados. Os invito a conocer el mundo de José Manuel y su familia.

Mi nombre es José Manuel Valencia, tengo 53 años y vivo en Buenaventura. Desde muy pequeño, mi familia siempre vivió a la orilla del mar; y yo quise seguir esa tradición con mi esposa. Cuando llegamos a Buenaventura, San José, era un barrio hermoso del pacífico. Su diversidad de colores y olores, lo hacían perfecto para vivir. Construí mi casa, justo al final del puente que unía a los vecinos que ya estaban allí. Todos los días, daba gracias a los ancestros por vivir en un lugar tan pintoresco y lleno de contrastes que facilitaba la crianza de mis hijos.



Así fue pasando el tiempo, mi familia iba creciendo. Tuve tres hijos, cada uno con una personalidad especial. Camila de 6 años, es alegre como su mamá, le encanta bailar y cantar y de grande me dice que quiere ser la mejor Doctora del mundo. En cambio, su hermano Toño, ha soñado con ser futbolista, lo cual le ha permitido tener un buen estado físico y participar de diferentes torneos, aunque tenga solo 5 años. Mi última hija, Lina, tiene dos años y aunque es gruñona y llora por todo, es curiosa con su alrededor.





Mis hijos son la viva imagen de su madre, esa mujer tan bella, la cual es mi inspiración de vida. Lucía se llama, mujer deslumbrante. Cada vez que baja el sol, su piel de chocolate, se torna dorada y su cuerpo se convierte en guitarra a la cual yo deseo tocar. No sé cómo hice para merecerla, y si en algún momento me deja, me moriría.

Así es nuestro pequeño hogar, una casita alegre al lado del mar, en donde se escucha el sonido de las olas al chocar con los pilotes, el canto de las gaviotas acompañado de las voces de la gente, se convierte en una orquesta que me genera felicidad. Todo estaba en perfecta armonía.



Un día, en una noche oscura y fría, debido a la lluvia torrencial; me encontraba en la cocina preparando la cena. Mi mujer, estaba con los niños, en la sala viendo una película animada, pero como era de esperarse los niños se quedaron dormidos, aunque Lucía les había dicho que no lo hicieran. De repente suena el pito de la arrocera, sacándome de mis pensamientos y avisando que al fin está el arroz. Todo estaba listo, el pescado bien frito y el arroz bien rico. Justo, cuando saco los platos, oigo a lo lejos un sonido que llama mi atención. Miro la hora y son las 9:30 de la noche, el sonido se hace más duro y presente, como si quemaran pólvora y totes.

Esto está raro, pensé. Salí rápidamente a mirar que pasaba, pero no lograba ver nada. De repente, escuché gritos desesperados y muchos pidiendo ayuda. Me asusté, pero guardé la compostura. Decido entrarme para comentarle a Lucía. En esas, mi vecino de al lado me grita, ¡José Manuel, José Manuel! saquen sus cosas y tirasen al mar, porque llegaron los Ecuranos y nos quieren matar. Yo, quedé desconcertado, ¿quiénes son los Ecuranos y por qué debo tirarme al mar? El compadre vuelve a repetirme que debo salir. Reaccionó que la vida de mi familia está en peligro y entro corriendo a la casa para decirle a Lucía que despierte a los niños y saquen lo más importante en maletas.





Lucía, me mira extrañada, pero justo cuando ella quiere preguntar algo, suena muy cerca de nuestra casa detonaciones muy fuertes que aturden nuestros pensamientos. Ella entiende lo que quiero decirle, y de un tirón se levantó y zarandó a los niños para que ayudaran a sacar lo más importante. Salimos de casa, con maletines en la espalda, aturdidos y con pánico por ver lo que estaba pasando.



Los gritos y sollozos fragmentaron una noche tranquila y lluviosa. Mientras cruzábamos el barrio, que nos dio alegrías, observamos cuerpos en el piso, ensangrentados, niños llorando, que entre su llanto clamaban paz. Miro a mi familia y el horror reinaba en sus facciones, intentando comprender qué había sucedido en ese lugar que nos abrió las puertas. Yo trataba de pensar a dónde dirigirnos y así mantener la compostura para que mi familia no se desmoronara. Vivir o morir, fueron las palabras que cruzaron mi mente, pero que no le comenté a mi esposa, aunque ella intentaba saber cómo me sentía.

Caminamos toda la noche,
dirigiéndonos hacia la comuna 12
de Buenaventura. Allí estaremos
seguros, entre más lejos, mucho
mejor, pensé. Al llegar al barrio
el Triunfo, encontramos una casa
amplia y bonita, con un letrero
gigante que decía; Casa de
Oportunidades, los sueños los
construimos juntos. Esa es nuestra
oportunidad, le digo a mi familia.

Ellos, con incertidumbre,
descargan lo que llevan y se
acuestan en el andén para esperar
el amanecer.





Me quedé en vela, cuidando de los míos, hasta que por fin amaneció. Mientras abría la Casa de Oportunidades, fuimos de puerta en puerta a ver quién nos podría regalar un poco de agua para asearnos. Un señor, de aspecto cansado, nos permitió entrar a su casa y asearnos. Lo bueno de este pueblo, es que su gente es amable y servicial. Ya eran las 9 de la mañana, y la casa abrió sus puertas. Inmediatamente, nos dirigimos a preguntar qué se podía hacer para recibir ayudas de ese lugar.

Al entrar al recinto, nos recibe una señora de unos 43 años de edad, de rostro formidable y amable. Nos mira expectantes a cada uno pero se detiene en Lucía. Ensancha su sonrisa, diciendo; ¡Buenos días, familia! Es un placer recibirles. ¿En qué podemos servirles?

Mi esposa, con temblor, le comenta el horror que vivimos la noche anterior, expresando al terminar; ¡Por favor ayúdenos, no tenemos a donde ir! La señora Flores, con una mirada tristonca, pero a la vez sonriente, nos expresa;

- Oh, familia Valencia, lamento todo el suplicio y horror que tuvieron que pasar. Acá en la Casa de Oportunidades, podemos albergarlos, tendrán todas las comodidades necesarias. Serán atendidos y les apoyaremos en lo que más necesitan. Vivienda, estudio y trabajo se les garantizará.

Miro a mi familia y veo que se sienten tranquilos y expectantes a la propuesta. Mi esposa con una sonrisa en su rostro, me dice; siempre hay personas de buen corazón dispuestas a ayudar. Tomamos la decisión de quedarnos en ese lugar y aceptar la propuesta que la señora Flórez nos había comentado. Y así, cogimos nuestras maletas y nos dirigimos a las habitaciones que nos designaron para estar.



Todo, era maravilloso. Pasaron los meses y la familia Valencia se sentían a gusto de haber encontrado una Organización que les facilitaba la vida. Pero, al cumplir un año, el trato cambio y las circunstancias se tornaron de color gris para esta pareja y sus tres hijos.



Una mañana, nos encontrábamos desayunando en el comedor de la Casa de Oportunidades, cuando de repente, escuchamos el sonido de persianas metálicas y cadenas arrastradas en el piso. Miré a mi familia, desconcertado por lo que acabábamos de escuchar. Lucía, corre a esconder a nuestros hijos en su regazo, mientras yo espío por la ventana a ver que pasa.

¡No logro ver nada!, le digo a mi mujer. Lucía me mira con ojos de horror, temiendo lo peor. Cuando aparece la señora Flórez, con rostro picaron, pero sin su amabilidad característica, nos dice; se les ha acabado el periodo de gracia, ¿Qué pensaron, que esto era gratis? Pues no. Ahora deberán pagarlo cada uno de ustedes. Al escuchar esas palabras, mi cuerpo tembló de terror, Cómo no lo vi venir antes, pensé y como una máquina en automático, salgo corriendo para proteger a mi familia.

La señora Flórez, se ríe a cargadas y llama a dos hombres, los cuales cargaban unas cadenas gruesas, y les ordena; Cójalos, al Manuel lo encadenan y se lo llevan pal monte. A su mujer, se la llevan a la cocina y la visten provocativamente y sus hijos les ponen unas manillas en los pies y los manda a trabajar a los semáforos.

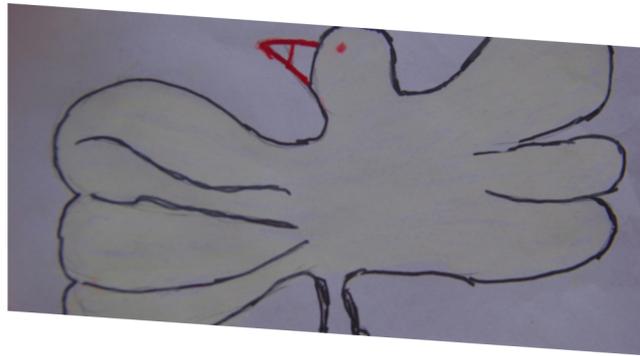
- Pero señora, los niños son muy chicos para ponerlos en la calle, le responden sus acompañantes.
- ¡A mí que me importa si no son mayores, no estudiarán más, ahora vendiendo dulces me van a pagar!



Ese día lloré como nunca había llorado en mi vida, me separaron de mis tesoros más preciados, Mi mujer y mis tres hijos. ¿Qué estarán viviendo mis amores lindos? Si yo estoy aquí llorando, sintiendo culpa por no haberlos protegido como debía. Así pasé 10 días, llorando y encadenado sin comida, volteando de noche y de día, pensando en cómo salir para encontrarme con mi familia.

Una noche, me quedé en vela, pensando en cómo escapar e idear un plan para recuperar a mi esposa y mis hijos de ese lugar. Busqué lo que podía y encontré una piedra que con mi amor me quitara las cadenas. Logré zafarme de ellas, empecé a caminar sin nada en los pies, para no hacer ruido y así correr. De buenas que había encontrado un maletín, donde pude empacar agua y algunas frutas que pude conseguir.

Al tener todo listo, emprendí mi viaje para el triunfo, donde un gallinazo, empezó a susurrar; compadre, compadre. Yo, al oír eso, me sobresalté, pensando que me habían encontrado. Cuando, vuelvo y escucho, Compadre, compadre. Miré a mi alrededor, pero no encontré a nadie, solo un gallinazo con una mirada fulminante. No creo que el gallinazo me esté hablando, un mes en ese espacio y ya me toteé yo.



Seguí caminando, sin prestar atención cuando, siento que el gallinazo se posa en mi hombro y me dice; compadre, compadre. Me asusté mucho. Cómo es que un gallinazo puede hablar, eso debe ser solo obra de satán. El ave, me picoteó sacándome de mis pensamientos y le presté atención.

-Compadre, compadre, se donde están sus hijos y su mujer

- cómo es posible que usted sepa, si solo es usted un animal.

El ave me dice, que es mi protector. Yo me quedo asombrado, porque recordé que mis padres una vez me comentaron de aquella historia de un espíritu que vivía en los gallinazos. Creí, y empecé a hablar con él. Me di cuenta que la información que me dio era muy valiosa para mí, aunque es mejor que no sepan todo lo que a mi familia le tocó sufrir.





Le pedí al gallinazo, que me ayudara a reunir a mi familia, para así poder emprender la huida a nuestro hogar de siempre. Ya hemos pasado mucho tiempo fuera de casa y eso es evidente. Al llegar a la esquina donde se conecta las intersecciones del municipio, encontré a mi mujer y mis tres hijos. Sollozando me les acerqué. Había extrañado su olor y sus abrazos. Les comenté el plan que tenía, ellos muy contentos dijeron al uniso que querían volver al lugar donde nos habían visto crecer.

Caminamos todo el día, con el sol en nuestra espalda y cuando llegamos al mirador, pudimos observar que nuestra casa seguía en pie e intacta. Alegrementemente corrimos a nuestro hogar, que con lágrimas y tristeza tocó dejarlo, pero que ahora con risas y júbilos, volvía a retomar su vida y su armonía.

Este es mi territorio y aquí me quedaré, porque aunque pasen cosas malas, es el lugar que nos genera paz y tranquilidad, al igual de proveer todo lo que necesitamos. Y mirando hacia el pasado, me pregunto; ¿Qué habría pasado si nos fuéramos quedado?

Hoy, orgullosamente digo que vivo en San José con mi esposa y mis tres hijos, que pese a todo lo vivido supimos afrontar las adversidades. Agradezco a los ancestros por cuidar de nuestro hogar, porque creo que, si no fuera sido por ellos, no fuéramos podido llegar acá. Nuestra casa se mantuvo intacta y con valor, así como nuestra unión y nuestro gigante amor.



Así como esta historia, hay muchas otras. El barrio San José, conocido por la gente como el barrio San Yú, alberga diferentes experiencias y sentires entre quienes compone este lindo lugar.

Algunas familias, así como la de José Manuel, pese a todo lo vivido retornan a sus hogares, porque a pesar de todo, la gente les conoce y permiten que se superen cada día. Pero hay otras, que sus historias quedan sepultadas y silenciadas por los monstruos que asechan la ciudad.

